

# MARIO

**Jorge Salvador Lebrón**

Mario llegó la primavera que mi padre escribió su primera novela.

Mi padre quedó embelesado por la belleza de su protagonista, cuya mirada esmeralda lo engañó. Él se enamoró de ella, y enloqueció, tratando de averiguar la manera de sacarla de allí. Desesperado, decidí quemar el libro, él enfureció, y mientras las cenizas bailaban a mi alrededor y Beatriz desaparecía, mi padre trató de reconstruirla, y cuando se percató de que el verdor de la mirada de su amante tornaba rojo, y que las ascuas terminaban de desintegrar su cuerpo de papel, se ahorcó.

Mi madre se hundía en sus cuadros. Siempre pintó inviernos, pues el verano nunca fue de su agrado y nunca le entusiasmó plasmarlo. Cierta día, cansada de utilizar siempre las mismas gamas de colores decidió crear uno nuevo. Descubrió el gris, y desde aquel entonces pintó su vida con él.

Mario era un niño alto, con los ojos tan negros como el miedo, y la nariz chata. Lo conocí el día que la señora Miraflores fue acusada de asesinato. La escena tuvo lugar una tarde de otoño, alguien llamó al hogar de los señores Miraflores, y Jacinta- la señora Miraflores – abrió la puerta. Se presentó en la entrada un hombre ancho, con tirantes y con una mancha de grasa en la camisa. Comenzó a hablar y Jacinta lo hizo entrar. Preparó una taza de té – sin mediar palabra- y se la tendió al hombre. Este dio un sorbo y se desplomó en el suelo. Jacinta lo arrastró, hizo un hoyo en el jardín y lo tapó. Regresó a la casa, subió al piso superior, se sentó y continuó con su libro. No soportaba que la interrumpieran al leer. Fue declarada inocente.

Mario nació en el extranjero. Su familia había emigrado desde el norte del continente africano y se crio en una ciudad cercana a la capital -Rivas, si la memoria no me traiciona- situada en aquellos países del sur bañados por el Mediterráneo, donde el Sol brilla con fulgor, donde los colores se encuentran en su más puro estado. Era poco charlatán, cuidaba siempre sus palabras y actos y no se metía en líos, salvo aquella vez que golpeó a un oficial -pero no cuenta, me salvó la vida-. Andaba encorvado, siempre con la mirada perdida, y caminando deprisa, como si temiera que en cualquier momento alguien lo pudiera herir. Vivía no muy lejos de mí, la casa al principio de la calle, la que daba al oeste. Mis ojos jamás vislumbraron atardeceres tan desgarradores como aquellos que se proyectaban desde la ventana de su habitación -ni tan siquiera en el sur es uno capaz de hallar tales colores-. No tardamos en entablar una amistad que duraría casi tres décadas. Era diferente al resto -sí, era negro- pero era distinto de todos los demás, de mí, de ustedes. Cierta día, me invitó a cenar con él y su madre. Nadifa era una mujer hermosa, tenía una sonrisa arrebatadora, y de un modo u otro, actuó como una madre para mí, cuando la mía andaba demasiado distraída con los pálidos paisajes, en su universo de tonos grises, óleos y manchurroneos. Recuerdo la velada con nostalgia. Fue una noche mágica, donde tuve la oportunidad de ver mi destino. Nadifa era bruja -lo que acabaría ocasionando graves consecuencias años más tarde- y utilizando todos sus exóticos artilugios, cogió mi mano y dijo “Estás

destinado a grandes cosas. Conocerás el amor dos veces, y el dolor te hará triunfar. Gozarás de prestigio, muchacho”. Aquellas palabras quedaron grabadas en mi piel. Nunca creí en supersticiones, hechizos, ni brujerías, pero -y aunque cueste creerlo- acertó.

Nuestras vidas avanzaron paralelas, y encontré realmente el significado de la amistad en Mario. Pero, como de costumbre, siempre aparece un punto de inflexión que hace girar el timón, y el navío cambia de dirección. El alcalde decretó la construcción de un muro que dividiera la ciudad en dos. El este, para los negros, el oeste para los blancos.

Recuerdo la situación con intensidad. Las autoridades comenzaron a colocar grandes rectángulos de piedra, e iban apilándolos unos encima de otros. El muro llegaba hasta donde la vista no alcanzaba. Más allá de la cúpula celeste, más allá de la noche y el día - años más tarde se convirtió en una leyenda que supuso una muy útil herramienta para despertar la bella inspiración, que se habría de esconder tras la guerra civil que asoló al país-. Sentí temor, notaba como una parte de mí se iba desintegrando lento, como el rojo de las rosas cuando la pasión huye. Sentí temor, pues no concebía mi existencia sin Mario. De esta manera, como por un impulso voluntario, como por una fuerza imperiosa tomé la decisión que determinó mi destino: embadurné mi cuerpo con los colores de mi madre, y fui a la parte este. Allí, manchado de arriba a abajo de colores tierra, nunca me sentí tan puro.

Mi vida cambió, abriéndose ante mí un nuevo mundo donde aprendí. ¡Oh, sí, aprendí! Aprendí costumbres e historias que jamás pude haber imaginado, siquiera soñado. Empapé mi mente de ritos religiosos, sacrificios a dioses que uno no podía ver -solo algunos privilegiados alcanzaban a ello-, dioses con una justicia implacable que castigaban y recompensaban. Bailé. Bailé porque la noche se alargaba y tornaba eterna, y las manos golpeaban los tambores y mis pies no paraban de moverse y los suyos no dejaban de brincar y saltar e invocaban a la lluvia, invocaban al fuego y a la felicidad, pedían a los

dioses, pedían y pedían y pedían, sacrificaban animales y la sangre brotaba sin control resbalando por la tierra y bailábamos, iluminados por el calor de un millar de llamas, bailábamos dibujando círculos con los pies, bailábamos porque la libertad nos lo permitía, bailábamos y reíamos y hablábamos y amábamos, porque a la mañana siguiente, cuando el Sol despertaba perezoso por el este -algunos clamaban el oeste- cuando los sueños llegaban a su fin, y los extrañábamos; todo volvía a la normalidad. Los adultos trabajaban, los estudiantes iban a la escuela y la magia de la noche quedaba reducida, a la espera de la siguiente.

Tal y como predijo Nadifa, conocí el amor. Hadiyah. Era una mujer hermosa. La vi por primera vez relatando con una voz suave y dulce una leyenda a los alumnos de la escuela. Narraba la historia que existió una ciudad gobernada por un rey, un lugar rebosante de vegetación, donde los colores se mezclaban creando paisajes hipnotizantes. A aquella ciudad llegó una pareja con un niño. Una noche, el recién nacido comenzó a llorar y no hubo nada que lograra su consuelo, ni el afecto, los arrumacos, ni las caricias de su madre conseguían hacer que su llanto cesara. Así, su madre decidió que lo llevaría fuera, y se sentaron cobijados por la sombra de un tamarindo, cerca de un gran lago. El niño dormía entonces plácidamente, pero cuando la mujer regresó a la casa el llanto se repitió. La mujer se percató de que cada vez que atravesaban el umbral de su hogar el niño lloraba, por lo que aquella noche decidió dormir junto al árbol. Súbitamente, una sacudida hizo temblar el suelo bajo sus pies y una grieta partió la ciudad en dos y comenzó a tragarse la tierra. Ella y su hijo fueron los únicos supervivientes de la catástrofe. Desde entonces, el lago adquirió tintes sagrados, y los cocodrilos que hoy día habitan en él representan las almas de todas las personas desaparecidas.

Quise visitar el lago, con ella, pero a los negros no nos permitían -no les permitían- salir de la ciudad. Fue por ello que, en la época de tormentas -llovió durante setenta y seis lunas-, recogí cada una de las

gotas que se precipitaban hacia el suelo. Conseguí suficiente agua como para formar un lago, un paraíso que solo compartiría con Hadiah.

En aquel lugar me envolvía en una nube de misticismo y sensualidad. Estudiaba su cuerpo, y gozaba con su desnudez, extasiado por el olor, por el paisaje, deseoso de posar sus labios en los míos, ansioso de su oscuro cabello, de su belleza. La amaba. Ella me regalaba una balada que se alejaba de mis acostumbrados blues. Déjame cantarte- decía - no importan, ni las miradas curiosas, ni mis vidriosos ojos, ni el dulce aroma de mi voz. Déjame cantarte. Nada importa ahora, porque cuando los violines sequen sus lágrimas, cuando mi mirada se aparte, y mi boca se cierre, ni tu ni yo habremos estado nunca aquí. Déjame cantarte, sobre mí. No importa, porque cada palabra que es expulsada de mis labios miente, dice la verdad, miente de nuevo, y se olvidan al final. No importa, nada importa. Porque una sola nota más y tú y yo, nunca habremos estado aquí. Déjame cantarte. Déjame cantarte, antes de que el amanecer nos sorprenda. Sí, déjame cantarte. Y así lo hice – todavía hoy canto la misma canción a mi hijo, aquel que se llevó a Hadiah –.

Mario. Siempre buscaba la manera de hacerme enloquecer, reír. Lo amaba – lo quería como un hombre puede a querer a otro hombre – y enmudeció. Enmudeció cuando los dioses se llevaron a Nadifa – no debió resucitar a los muertos – Enmudeció. Enmudeció hasta los últimos instantes de su vida, pidiendo perdón. Ojalá pudiese haber disfrutado de su silencio, de su mirada, de su andar, de su risa, de su vida.

Matad a los negros. Aquella fue la frase que hizo estremecer mi cuerpo. El verano se acercaba de puntillas, sin apenas hacer ruido. Son visiones de gente corriendo -huyendo-, las voces desgarradas a causa de los gritos. El pánico reinaba en las oscuras calles donde el bochorno derretía mis pies, exhaustos de correr. Agarraron a Mario del brazo, seguidamente alguien dio un tirón del mío. Anduvimos empujados por

los fusiles, por las pesadas miradas- algunas piadosas – y nos colocaron de espaldas a una pared. Fuego.

Un relámpago deslumbró mi mirada. Mario temblaba -lo sabía porque su mano agarraba la mía con desespero-. Oímos los primeros disparos que tronaban como los cañones de una carabela, y oíamos el sonido de los cuerpos al desplomarse en el suelo. Alcancé a contar tres hombres a mi derecha -luego dos-. El miedo se apoderó de mí -luego uno-, y llegó mi turno...

Mario se acercó a mi oído y susurró “Perdóname”. Se abalanzó sobre el guardia y le golpeó en el pecho. Corrió, agarró un cubo de agua y me lo arrojó. Noté mi cuerpo chorrear, desprendía una lluvia que se asimilaba a un lodazal y el marrón se escurría resbalando por mi blanca piel. Oí otro disparo. Mario...

- ¿Termina así su nueva novela? -preguntó el periodista mientras daba un sorbo a una taza de café.

- No – dije.

- ¿Qué hay después?

- Digamos que hablo de mi vida tras ello; los horrores de la guerra civil y la lucha por los derechos de los negros. Aún estoy dando las últimas pinceladas.

- ¿Cree que volverá a ser un éxito de ventas?

Una chispa asomó en su mirada. Era la misma luz que vi en los ojos de mi hijo cuando fue elegido delegado de clase.